

LOS ZUECOS  
MARAVILLOSOS

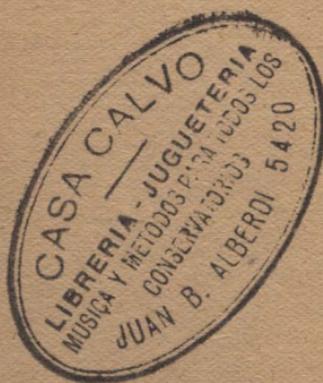


por

HANS CHRISTIAN ANDERSEN



00163244



elbauta

# LOS ZUECOS MARAVILLOSOS



!POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN!

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires



# LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

HAN APARECIDO HASTA LA FECHA:

- |   |                                      |
|---|--------------------------------------|
| 1 - Pinocho en el teatro de titeres                 | 46 - La bella Dorigen                |
| 2 - Blancanieves y los 7 enanitos                   | 47 - Las salamandras azules          |
| 3 - Los principes encantados                        | 48 - Los zuecos maravillosos         |
| 4 - La bella durmiente del bosque                   | 49 - Las tres hermanas               |
| 5 - Juanfuerte                                      | 50 - Fábulas de Iriarte              |
| 6 - Piel de asno                                    | 51 - El niño raptado                 |
| 7 - La princesa y el erizo                          | 52 - Barba Azul                      |
| 8 - Ali Babá y los 40 ladrones                      | 53 - Tonino el hormiguero            |
| 9 - La inocente mensajera                           | 54 - Gulliver en el país de gigantes |
| 10 - Pinocho en campo milagros                      | 55 - El tejedor de Segovia           |
| 11 - El pájaro verde                                | 56 - El principe Cododac             |
| 12 - Pulgarcito                                     | 57 - La amiguita de los pájaros      |
| 13 - Los maestros cantores                          | 58 - La señorita Seuderi             |
| 14 - El rey del río de Oro                          | 59 - Fábulas de Esopo                |
| 15 - Caperucita Roja                                | 60 - Constancia                      |
| 16 - Las tres princesas                             | 61 - Nicolásón y Nicolásín           |
| 17 - El triunfo del zorro                           | 62 - Los rosales de la reina         |
| 18 - Pinocho en la isla de las abejas               | 63 - El enfermero del Chacho         |
| 19 - La princesa pizarona                           | 64 - Grisélidis                      |
| 20 - Simbad el marino                               | 65 - Alicia en el país de maravillas |
| 21 - Canción de Navidad                             | 66 - Aladino                         |
| 22 - Un viaje maravilloso                           | 67 - Genoveva de Brabante            |
| 23 - El niño que se volvió hormiga                  | 68 - La Sirenita                     |
| 24 - El enano Zacarías                              | 69 - Peter Pan                       |
| 25 - Pinocho en gruta del monstruo                  | 70 - El patito feo                   |
| 26 - El legado del moro                             | 71 - Hombre que vendió su sombra     |
| 27 - El gato con botas                              | 72 - Los tres pelos del diablo       |
| 28 - El hada de Granville                           | 73 - Hansel y Gretel                 |
| 29 - De los Apeninos a los Andes                    | 74 - La flor del pantano             |
| 30 - Meñique  | 75 - El buque fantasma               |
| 31 - El rey cuervo                                  | 76 - La cámara del tesoro            |
| 32 - Almendrita                                     | 77 - La desobediencia                |
| 33 - Pinocho en el país de juguetes                 | 78 - El tarro de aceitunas           |
| 34 - El niño perdido                                | 79 - El mensajero de la corona       |
| 35 - Robin Hood                                     | 80 - La camisa del hombre felix      |
| 36 - La isla encantada                              | 81 - La verdad sospechosa            |
| 37 - Pif Paf  | 82 - La graciosa Emelia              |
| 38 - La carga liviana                               | 83 - El muchacho afortunado          |
| 39 - La alfombra mágica                             | 84 - La novia elegida                |
| 40 - El pájaro que reía                             | 85 - Las los estatuas                |
| 41 - La Cenicienta                                  | 86 - La botella encantada            |
| 42 - Aventuras del Rey Beder                        | 87 - El mercader de Venecia          |
| 43 - El muchacho y la fortuna. Fábulas de Samaniego | 88 - La obligación                   |
| 44 - Pinocho en el fondo del mar                    | 89 - El favorito ingenioso           |
| 45 - Gulliver en el país de enanos                  | 90 - Los dos ruisñores               |

UN VERDADERO ESFUERZO EDITORIAL Y  
ARTISTICO SIN PRECEDENTES EN AMERICA

Se ha hecho el depósito que exige la Ley 11.723.



# LOS ZUECOS MARAVILLOSOS

## I

### *El principio*



**C**ERCA de Kougens-Nitor, en Copenhague, vivía un chambelán de Su Majestad, en cuya mansión se realizaba una fiesta. Parte de la concurrencia estaba ubicada alrededor de las mesas de juego; los demás asistentes departían con la esposa del chambelán.

Se hablaba de tirios y troyanos y de Edad Media. Unos decían que aquellos tiempos eran mejores. Otros rebatían esta opinión.

El ministro de Justicia, señor Nap, aseguraba que el siglo XV era el más pintoresco, agitado e interesante, y que nunca Dinamarca gozó de mejor época que aquella del rey Juan. La dueña de casa oponía al ministro la tesis del célebre físico Oerstedt, quien prefería nuestro siglo. Pero el ministro defendía cada vez con más calor su opinión.

La presencia de un criado, portador del diario "La Tarde" interrumpió la discusión. Todos callaron para oír las noticias, mas ninguna era interesante. Y como tampoco merece contarse lo que siguieron haciendo los convidados, es mejor que llevemos al lector al vestíbulo, donde los asistentes habían dejado sus zuecos, gabanes y bastones.

En este vestíbulo se encontraban dos mujeres; una anciana, la otra joven. Al primer vistazo parecían dos criadas que esperaban a sus amas para acompañarlas al retirarse de la casa del chambelán. Pero, observando un poco, se descubría en seguida que las dos tenían modales distinguidos, vestían con elegancia y sus facciones eran nobles.

No podía ser de otra manera. Pues esas damas eran nada menos que dos hadas: la de la Fortuna y la de la Preocupación. Ambas se contaban lo que habían hecho durante el día. La joven había evitado que se mojase con la lluvia el sombrero de una mujer modesta, y había logrado que un hombre de talento, pero muy pobre, fuese saludado cortésmente por un rico ignorante. Pero tenía que realizar algo más importante aún.

—¿Sabéis de qué se trata? —dijo el hada joven—. Escuchad. Hoy es mi santo, y, para celebrarlo, me han encomendado traer al género humano un par de zuecos de un poder maravilloso. Aquel que se los calza, se transporta, conforme a sus deseos, al período histórico que más le agrada, y todo cuanto vea y le rodee será de su época preferida. De esta suerte podrá alcanzar la felicidad anhelada. Mas, si el que se calza los zuecos, no prefiere época histórica alguna, podrá en cambio convertirse en el ser que él considere feliz.



*Todos bebían grandes vasos de cerveza...*

—No creo —interrumpió el hada de la Preocupación— que con ello logre la dicha. Al revés, bendecirá el instante en que deje vuestros zuecos.

—¡Qué ocurrencia! —respondió la otra hada—. No puede ser así. Pero, entretanto, os ruego atención. Pronto se despedirán los convidados. Colocad los zuecos maravillosos entre los demás, y, posiblemente, no faltará alguno que los tome por los suyos y se los calce. Se convertirá al instante en un ser feliz, pues se realizarán sus deseos.

## II

### *Aventuras del ministro de Justicia*

Comenzaban a retirarse los convidados a la fiesta ofrecida por el chambelán. Nap, el ministro de Justicia, satisfecho de su peroración en favor de la época del rey Juan y sumido en sus reflexiones, no advirtió el error al calzarse los zuecos maravillosos en vez de los suyos.

El ministro Nap, deseando vivir aquella época, y calzado ya, como decíamos, con los zuecos de tan extraordinaria propiedad, bajó las escaleras, salió de la casa y se halló en la calle Oestergade.

Como los zuecos poseían el privilegio de transportar al que se los ponía a la época de su preferencia, he aquí que el buen ministro se encontró, de pronto, en medio de una calle fangosa y maloliente de los tiempos del rey Juan.

—¡Qué es esto? —se dijo el ministro—. Cuando vine, esta calle no estaba así. ¡Cuánta suciedad! ¡Qué oscuro! Han apagado las luces y no puedo dar con la vereda.

Caminó unos pasos a tientas. Luego descubrió



*Uno de los bebedores interrumpió...*

una lamparilla cuya escasa luz iluminaba débilmente la imagen de una virgen dentro de una hornacina, empotrada en la fachada de un edificio. La imagen sostenía un Niño Jesús.

—Aquí debe de vivir un anticuario —pensó—, y habrá expuesto la imagen como muestra.

Pasaron a su lado dos hombres con gorros puntiagudos, jubones y zapatos largos.

—¡Vaya un par de fantoques! No sabía que hubiese baile de máscaras —se dijo el ministro—.

Sintióse el agudo eco de clarines y atabales. Aparecieron hombres vestidos como los anteriores con antorchas encendidas. Precedían a otros, armados y con férreas vestiduras, que rodeaban a su jefe, al parecer eclesiástico.

El señor Nap preguntó a uno de aquellos que significaba esa comparsa.

—¿No sabéis que es el obispo de Seeland? — respondió el interpelado.

—¿No puede ser! ¿Se ha vuelto loco, acaso, monseñor? —dijo el ministro, y continuó caminando por la calle de Oestergade.

Se detuvo al llegar al puente que conducía a la plaza del Castillo. ¡Oh, sorpresa! El puente que tanto conocía había desaparecido. Sólo vió un río y dos hombres que conducían una canoa. Uno de ellos le invitó:

—¿Desearía Su Señoría que le llevemos a Holm?

—¿Holm? —repitió el ministro cada vez más asombrado y sin pensar en la característica de la ciudad en el siglo XV—. No; deseo ir a Cristian-san, a la pequeña Tornegade.

Los dos hombres quedaron perplejos.

El ministro preguntó:

—¿Dónde está el puente que conduce a la plaza del Castillo? ¿Y por qué esta oscuridad? Mañana me quejaré a la policía. ¡Oh, y este fango!

Los hombres contestaron con palabras confusas para el ministro.

—No sé lo que queréis decir con vuestro dialecto —exclamó airado, y siguió su camino por la orilla del río, pero sin encontrar el puente.

Se encaminó por las cenagosas calles en busca de un coche para ir a su casa, pero, inútilmente. Resolvió volver a Qougens-Nitor, donde él, sabía, se halla una parada de carruajes.

—¿Qué parapeto es éste, Dios mío? —exclamó en el colmo del asombro.

El buen Nap estaba, en realidad, ante la monumental portada que, en el siglo XV, cerraba la

—¡Bebamos, tabernera, bebamos!...



calle Oestergade. Andando de un lado a otro, llegó donde hoy está Kougens-Nitor; pero, por virtud de los zuecos, el ministro vió un inmenso prado con chozas de madera habitadas por marineros.

—Jamás he visto este sitio —pensó—. Seguramente estoy borracho, aunque sólo he bebido dos copas de ponche en casa del chambelán. Volveré a su casa y contaré lo que me ha sucedido, pues no pasaré la noche vagando por las calles.

Y se encaminó a la casa del chambelán, mas no pudo dar con ella.

—Estoy realmente perdido —decíase el ministro—. Esta no es la calle Oestergade. No la reconozco; pero no hay duda que la casa del chambelán debería quedar aquí... En aquella casa veo

luz. Aunque sea el infierno, entraré y pediré explicaciones.

Se dirigió a la casa, abrió la puerta y se encontró en una vieja y espaciosa habitación. Era una taberna.

El ministro se dirigió a la tabernera:

—Excusadme, señora. Estoy perdido y deseo me mandéis buscar un coche para ir a mi casa en Christiansan.

La tabernera, confusa, viendo su traje distinto al de los otros y oyéndole un lenguaje que apenas podía traducir, creyó que se trataba de un loco o de un extranjero. Le sirvió un vaso de agua que el ministro la encontró salobre.

No encontrando explicación a todo lo que le acaecía, el ministro se puso a meditar. Alzó la vista y vió que la tabernera doblaba un gran pedazo de papel.

—¿Es el diario “La Tarde”? —preguntó.

La mujer, más confusa aún, y sin comprender, alcanzó al ministro el papel, que ostentaba un grabado de madera representando, según la leyenda, un fenómeno celeste ocurrido en Colonia.

—Este grabado tiene muchos años —expuso el ministro—, y su asunto es muy interesante. En aquella época no sabían explicar el fenómeno; hoy se sabe que era una aurora boreal, atribuída a la electricidad.

Algunos bebedores que oyeron esas palabras examinaron al recién llegado con curiosidad. Uno de ellos, respetuosamente, le dijo:

—Caballero, no podéis negar que sois un sabio.

—¿A quién tengo el honor de hablar? —inquirió el ministro.

Se encontró sentado en la escalera...



—Soy bachiller en Sagrada Escritura.

El señor Nap pensó que se trataba, sin duda, de un antiguo y extravagante maestro de escuela.

—Si queréis proseguir la conversación —dijo el bachiller—, mucho me agradaría. ¿Conocéis antiguos autores?

—Me agradan sus escritos cuando tratan de cosas útiles; pero me fastidian las historias vulgares que describen las realidades de este mundo que bien conocemos.

—¿A qué historias os referís?

—A las novelas actuales que nos producen más tedio que entusiasmo.

—Sois frío en vuestras apreciaciones. Entre esas novelas hay algunas muy leídas en la corte.

—¿Las publica Heiberg?

—No, caballero. Las publica Godofredo von Gehmen.

—Ignoraba que hubiese en Dinamarca alguien con el nombre del primer impresor dinamarqués.

—Así es. Godofredo von Gehmen es el que introdujo en nuestro país el arte divino descubierto por Gútenberg.

La conversación languidecía. El señor Nap observó que el bachiller ignoraba elementales principios de la ciencia. Por el contrario, el bachiller encontraba al ministro demasiado atrevido en sus temas, a pesar de que el bachiller se expresaba en latín, idioma universal de los sabios.

La tabernera intervino:

—¿Os encontráis bien, señor? —preguntó al ministro.

Este, recordando lo que le sucedía, exclamó:

—¿Dónde me encuentro? —y sintióse invadido por raros mareos.

—¡Bebamos, tabernera, bebamos! —gritó un marinero—. ¡Traednos hidromiel y cerveza! Y vos vais a beber con nosotros —dijo al ministro palmeándole la espalda.

Se escurrió disimuladamente hacia la puerta, pero, antes de alcanzarla, fué visto por los demás. Lo atraparon y lo llevaron a la fuerza nuevamente a la mesa obligándole a beber otro vaso.

El señor Nap, tras rudo esfuerzo, salió por fin a la calle, pero en la lucha y forcejeo, los famosos zuecos se le cayeron de los pies.

Instantáneamente se acabó el encanto.

Al punto el ministro de Justicia reconoció que se hallaba en la calle Oestergade con su magnífica edificación, sentado en las escalinatas de un pala-



Quando el niño ju-  
gaba con la hija  
de un vecino...

cio, ante cuya puerta dormía plácidamente el sereno.

—¡Qué sueño tan extraño he tenido! —se dijo—. ¡Parece mentira el efecto que causan dos copas de ponche en un hombre honrado! ¡Qué vergüenza si me vió alguien durmiendo en la calle!

Poco después, el digno ministro de Justicia, era llevado en coche a su casa de Christiansan.

### III

#### *Las aventuras del sereno*

Lo primero que vió el sereno al despertar, fueron los zuecos maravillosos dejados en la escalinata del palacio por el extenuado ministro Nap.

El sereno pensó que los zuecos serían del te-

niente que vivía en el último piso, y en cuya habitación había luz todavía.

—¡Qué cómodos deben de encontrarse los pies en estos zuecos! —dijo, probándoselos—. ¡Qué finos y suaves! El teniente es un hombre feliz. No tiene familia a quien mantener y todas las noches se divierte. Todavía no se ha acostado. Veo su sombra a través de la ventana. Seguramente está proyectando nuevas diversiones. Yo desearía estar en su lugar. Sería también un hombre feliz.

Por la virtud de que estaban dotados los zuecos, el sereno se transformó súbitamente en la persona del teniente.

Vióse en su habitación. Descubrió unos papeles en los que el oficial había escrito un tema en prosa para convertirlo en versos. ¿Quién no se ha sentido poeta alguna vez? El sereno leyó lo siguiente:

“¡Pobre de mí si fuera rico! Era niño aún y ya soñaba con riquezas. Si fuese rico —pensaba entonces— sería oficial, usaría hermoso uniforme azul, ceñiría sable y luciría charreteras. Han pasado muchos años, soy oficial, pero ¿cuándo seré rico?

“Un día, cuando niño, jugaba con la hija de un vecino muy rico. Le conté una historia inventada por mí que divirtió y entusiasmó a la chiquilla. Yo era pobre, pero rico en poesía, y ella no anhelaba otra cosa que poesía.

“Cuando la niña se convirtió en hermosa joven, pensé otra vez: ¡Si yo fuera rico! Su belleza era tanta como su bondad. Desearía que ella supiese que yo podría referirle aún brillantes cuentos para que me escuchara con el mismo placer de antes. Pero soy pobre y ella rica, y estoy con-

denado a callar siempre. Veo ante mí nada más que un triste y oscuro porvenir”.

Cuando el sereno, transformado en el teniente, hubo de leer el manuscrito, quedó reflexionando en la forma de rimar el asunto. Se detuvo ante la ventana y dirigió una mirada angustiada a la calle.

—Ese modesto sereno que allí veo —se dijo— es más dichoso que yo. Lo poco que gana es suficiente para sus necesidades. No sufre ciertas privaciones como yo. Tiene casa y mujer e hijos con quienes compartir sus penas y alegrías. ¡Cuánto anhelo trocar mi vida con la suya!

Al final de estas palabras, el sereno volvió a transformarse en su primitiva personalidad; pues, convertido en teniente, no le satisfizo su vida, y, por arte de los zuecos, retornó a la existencia que antes desdeñara. Es decir, el sereno volvió a ser sereno.

Continuaba sentado en la escalinata, reflexionando sobre cosas raras, lo cual es muy natural cuando se llevan zuecos embrujados. Levantó la vista y vió en el cielo una estrella errante.

—¡Quisiera ser uno de esos astros que recorren el firmamento! —dijo para sí—. Pero lo que más me agradaría sería contemplar de cerca a la Luna. Allí viven las almas de los que mueren, según me han dicho. ¡Oh, me gustaría dar un paseo por aquellos lugares aunque tuviera que abandonar mi cuerpo en estos escalones!

En menos de un segundo, el alma del sereno recorrió la distancia que separa la Luna de la Tierra, es decir, más de sesenta mil leguas.

La Luna está compuesta de una materia más ligera que la de nuestro globo; algo así como de



*En menos de un segun*



el alma del sereno...

nieve recién caída. El alma del sereno penetró por uno de los muchos cráteres de volcanes apagados, cuya estructura solemos ver en mapas lunares. Descendió una legua en las entrañas de la Luna y se encontró en una ciudad, cuyos edificios, cúpulas, torres, etc., al par que sus habitantes, parecían mecerse y flotar en un líquido blanquecino, en un ambiente como de clara de huevo mezclada con agua. Por la abertura del cráter se distinguía la Tierra lejana, cual inmenso disco ígneo.

Los habitantes de la Luna tenían aspecto singular. Parecían dibujos fantásticos creados por una imaginación prodigiosa. Empleaban un lenguaje ininteligible para el alma del sereno; empero, éste adivinaba las delicadezas de aquel idioma, porque, debe saberse, las almas poseen cualidades excelsas cuando se desprenden del cuerpo.

El alma del sereno adivinaba lo que hablaban los habitantes de la Luna.

Uno decía:

—Muy densa debe de ser la atmósfera de la Tierra. Creo que sólo en la Luna hay criaturas dotadas de raciocinio.

Hablaban también de política... mas desechemos este tema, y veamos lo que ocurre al cuerpo del sereno en la calle de Oestergade. Sentado aún en la misma escalinata, permanecía inmóvil. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, miraban fijamente a la Luna, donde estaba su alma.

—¿Qué hora es, amigo sereno? —preguntóle un transeúnte.

El hombre no respondió. El transeúnte, creyéndolo dormido, se acercó y lo sacudió. El sereno perdió el equilibrio y cayó rodando por los escalones sin dar señales de vida. Sorprendido

el transeúnte, pidió socorro y acudieron otros serenos. Entre todos trataron de reanimarlo, pero los esfuerzos resultaron vanos. Entonces decidieron llevarlo al hospital.

Los lectores, sin duda, pensarán: “¿Qué será del alma del sereno cuando vuelva de la Luna y no encuentre su cuerpo dejado en la calle de Oestergade?”

Habíamos dicho que el cuerpo del sereno fué llevado al hospital. Los médicos lo tendieron en la camilla de operaciones. No bien le quitaron los zuecos, su alma abandonó la Luna con la velocidad del relámpago y volvió a su cuerpo. El sereno, instantáneamente, se incorporó lleno de vida, asombrando a los médicos que lo creían muerto.

*Cayó rodando por  
las escaleras...*



El sereno explicó que había padecido una horrible pesadilla y que ni por dos escudos desearía soñar algo semejante.

Abandonó el hospital más que ligero y rebotando alegría. Llegó a su casa y tranquilizó a su mujer y a sus hijos, quienes estaban inquietos por su tardanza. Los halagos del hogar recompensaron al sereno de sus desdichas.

Cierto que, el buen hombre, aturdido con lo que le acontecía, olvidó los zuecos maravillosos en el hospital.

#### IV

##### *Un viaje extraordinario*

Uno de los muchachos mandaderos del hospital encontró los zuecos dejados por el sereno. Llovía torrencialmente y se los puso para preservarse de la humedad. Debía cumplir un encargo, y, para acortar camino, se propuso pasar entre los barrotes de la alta verja que rodea al hospital; pero, como el chico era extremadamente cabezón, quedó atrapado entre los hierros.

—¡Me ahogo de ira! —exclamó desesperado—. ¡Si pudiese salir de este aprieto!

Al instante, el pobre muchacho logró sus deseos, y emprendió veloz carrera a fin de cumplir el encargo.

Transcurrieron la noche y el día, y nadie se presentó al hospital a reclamar los zuecos.

Por la noche, el muchacho, calzando los consabidos zuecos, concurrió a una función teatral ofrecida por aficionados del barrio.

Comenzó el espectáculo con la lectura de “Las



...quedó atrapa-  
do entre los hie-  
rros...

gafas de mi vecina”, poesía en cuyo desarrollo había unas gafas que poseían la virtud de ver a los hombres como en un juego de naipes, y que al ser barajados podía pronosticarse lo porvenir.

Esta propiedad de las gafas gustó mucho al joven, y pensó que con un poco de habilidad se podría con ellas ver también el corazón de las personas.

—Elegiría, por ejemplo, para mis observaciones —decíase— a esos caballeros y a esas damas elegantes de primera fila de butacas. Sería muy

divertido. ¡Oh, si pudiera penetrar en sus corazones!

No acabó de decir, y los zuecos encantados satisficieron los deseos del mozo.

Se encontró en el corazón de una de las damas. Era un establecimiento ortopédico, de cuyas paredes pendían miembros humanos horribles, vaciados en yeso. Es que esta dama había almacenado en su corazón las imperfecciones físicas y morales de sus amigas.

Al penetrar en el corazón de otra dama, el joven se halló en un ambiente de serena belleza. Era el santuario de la inocencia, y se oían los acentos graves y armoniosos de un órgano que invitaba a la oración.

Se introdujo luego en el corazón de un comerciante rico y respetable. Había carne por todas partes. Todo era materia. Nada había para el espíritu.

Pasó por una sala lujosa con innumerables adornos y espejos: era el corazón de un hombre del gran mundo pero inútil para la sociedad.

Atravesó un pasadizo erizado de púas, que confundió con el corazón de una solterona, pero se equivocaba. Era el de un joven oficial muchas veces condecorado por su soberano.

—Me parece que un baño caliente me vendrá bien. ¡Oh, si estuviese en los baños del hospital! —y súbitamente, vestido como estaba, encontróse bajo un baño de lluvia, cuyas gotas hirvientes le quemaban el cuerpo. Escapó y se lanzó a la carrera a su casa abandonando los zuecos en el hospital.

Al día siguiente, meditaba acerca de la experiencia que había adquirido al penetrar en el fon-

Cuyas gotas hir-  
vientes le quema-  
ron...



do de algunos corazones; experiencia que, justo es decirlo, nunca supo aprovecharla.

## V

### *La transformación de un empleado policial*

El sereno —a quien nuestros lectores no habrán olvidado—, recordó, entretanto, los zuecos que había dejado en el hospital. Los reclamó y se los llevó al teniente, y como no eran de éste ni tampoco de nadie de la calle Oestergade, decidió depositarlos en la comisaría de policía.

El empleado de la oficina que lo atendió, advirtió que aquellos zuecos eran muy parecidos a los suyos.

Luego prosiguió en sus tareas habituales.

Antes de retirarse fué a calzarse sus zuecos, pero quedó perplejo. Los dos pares eran iguales. Los examinó a fin de discernirlos y optó equivocadamente por los zuecos maravillosos. Hasta en esto se ve que no es infalible la policía. Tomó un legajo bajo el brazo y salió a la calle. Encontró a un amigo poeta que le anunció que emprendería un viaje de recreo.

—Eres feliz —díjole—. Libre como el aire, podéis ir adonde os place. Sin embargo, nosotros...

—Sin duda —interrumpióle el poeta—. Pero vosotros tenéis el mañana asegurado con la jubilación.

El empleado policial tenía la imaginación en otra parte. Despidióse de su amigo mientras iba pensando: “Me agradaría ser poeta. Cantaría nada más que lo hermoso y bueno del mundo. Los versos tétricos dejaría para otros”.

Gracias a los maravillosos zuecos, el empleado policial se había convertido en poeta.

—¡Qué brisa perfumada! —exclamaba—. Me recuerda las dulces emanaciones de las violetas, aquellas que había en los jardines donde transcurrieron los venturosos días de mi infancia.

Y con éstas y otras expresiones por el estilo, de riguroso corte poético, el policía se interrumpió:

—¡Qué perra suerte la mía! Nunca tuve ideas semejantes. Tal vez esté indispuerto. Examinaré estos papeles para las anotaciones de mañana. Esto cambiará mis pensamientos.

Tomó el legajo y lo abrió. En la primera página leía: “La dama Sibrit, tragedia en cuatro actos”.

—¡Qué veo? —exclamó pasmado—. Este no

Vendió su alon-  
dra...



es el legajo que tomé en la comisaría, sin embargo, la letra es mía... ¡Ah! —prosiguió—. ¡Qué hermoso sería convertirme en alondra y volar libremente por el espacio azul!

Y nuestro héroe se convirtió en alondra. Al saltar por el césped, vióse de pronto rodeado de intensa oscuridad. Un grumete le había echado el gorro encima. Después, apretándole las alas sin ninguna consideración, se dirigió a su buque.

En el camino, el aprendiz de marinero, vendió su alondra por unos chelines a dos niños ricos. Estos la llevaron a su casa y la colocaron en una jaula junto a un loro mimado y a un hermoso canario.

El loro no tardó en recitar su lección. Eran palabras sueltas sin sentido, salvo esta frase que la repetía sin ton ni son: “¡Vamos, seamos hom-

bres!" Algunas veces la pronunciaba en momentos oportunos y producía cierto efecto.

Aparte el lenguaje humano que le había enseñado, el loro, por cierto, se expresaba también en el idioma que hablan y se entienden todos los pájaros.

El canario gorjeó:

¡Tiempos dichosos aquellos en que yo volaba sobre los almendros en flor! En compañía de mis hermanitos, saltábamos de rama en rama contándonos divertidas historias.

—Yo también estaba entre ustedes y no veo nada extraordinario en ello. ¡Vamos, seamos hombres!

—¡Dulce patria mía! —gorjeó el canario—. ¡Tierras pletóricas de vegetación donde las azuladas aguas reciben el beso de la brisa!

—¡Tonterías! —interrumpió el loro—. Canta algo alegre que haga reír. La risa es don precioso de las inteligencias privilegiadas. El perro, el caballo y demás congéneres, no saben reír. Lo único que saben es llorar. ¡Vamos, seamos hombres!

El canario se hizo el sordo y se dirigió a la alondra:

—La puerta de tu jaula han dejado abierta. Vuela a tu país, donde reina el frío y el aire puro. ¡Vuela, vuela!

La alondra, o sea el empleado policial, apresúrase a seguir el consejo y salió de la jaula. Fuera ya de su prisión y en el instante de emprender vuelo, apareció por la puerta entornada el gato de la casa. Caminó sigilosamente hacia la avecilla relucéndole los verdes ojos y, de pronto, dió un fantástico salto sobre su presa. Pero no logró darle alcance.



*Bailaban bajo los árboles...*

Por fin la alondra enfiló hacia la ventana abierta y desapareció en el espacio. ¡Menudo susto se había llevado!

Fué a posarse en un tejado rendida de fatiga. Al mirar a su alrededor, reconoció al punto el sitio donde se hallaba. De un corto vuelo penetró por la ventana abierta y encontróse en su propia habitación.

Sin darse cuenta y con la mente aturdida aún, repitió las palabras del loro:

—¡Vamos, seamos hombres!

La alondra, al instante, recobró su forma humana, y el empleado policial encontróse de pie sobre su vieja mesa.

—¡Qué extraordinario! ¡Cómo he subido aquí! Esto ha sido un sueño. Y los sueños, justo es decirlo, no son más que simplezas a las que los ignorantes atribuyen presagios de lo desconocido.

## VI

### *El mejor regalo de los zuecos*

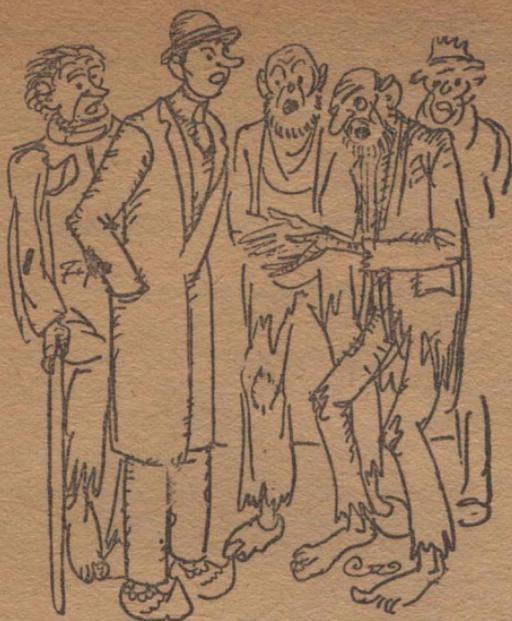
Al otro día, muy temprano, llamaron a la puerta del empleado policial. Era un joven estudiante amigo y vecino suyo.

—Vengo —le dijo— para que me prestes tus zuecos. Deseo dar un paseo por el jardín y el césped está aún con rocío.

El empleado accedió al pedido. Su amigo se calzó los zuecos y salió al jardín.

Pascábase disfrutando del aire fresco de la mañana. Al oír el sonido de la corneta de un postillón que dirigía una diligencia, exclamó:

—¡Mi ambición es viajar! ¡Cuánto daría por



*Era la imagen del hambre*

estar lejos, muy lejos, por ejemplo en Suiza!

Dicho y hecho. Los zuecos, una vez más, demostraron su admirable propiedad, y el estudiante fué transportado a los Alpes.

Viajaba en una diligencia en compañía de ocho personas. Iban todos apretados como sardinas en lata.

Caía mucha nieve y hacía frío. El estudiante se dijo:

—¡Quisiera estar del otro lado de los Alpes donde la temperatura es más agradable!

Y el estudiante se encontró en Italia, en la región situada entre Florencia y Roma.

La diligencia se internó en un olivar. El joven

comparó aquellos olivos con los sauces de su país y le parecieron éstos más hermosos.

Llegaron a una posada. Varios mendigos estaban ante la puerta. Causaba pena el verlos. Eran la imagen del Hambre.

En cuanto reconocieron que el estudiante era extranjero, aquellos infelices imploraron al unísono:

—¡Excelencia, una dádiva! ¡Excelencia, una dádiva!

El joven, al verse rodeado por semejante turba, realizó fatigoso esfuerzo para entrar en la posada. La dueña, una arpía descalza y con la cabellera revuelta, atendió a los viajeros con sonrisas que dejaban ver sus dientes puntiagudos. Las puertas estaban sujetas con cuerdas, murciélagos revoloteaban por el aposento y percibíase un olor desagradable.

A pedido de los viajeros, la maritornes abrió las ventanas. Al punto los mendigos asomaron por ellas y con acento doliente, repetían:

—¡Excelencia, una dádiva!

Por la noche, temerosos los viajeros de ser asaltados por los bandidos de la región, atrinchearon las puertas con todo cuanto objeto disponían: sillas, mesas, armarios y cajones.

—Esto es realmente desesperante —decía el estudiante—. Lo cómodo sería poder viajar sin tener que llevar el cuerpo, cuyas exigencias determinan molestias y contratiempos; poder viajar con el pensamiento y volar por el espacio como los espíritus. Si poseyera un poder mágico y pudiera llegar de un salto al reino de la felicidad suprema, entonces...

No terminó la frase. En ese mismo instante,

sintióse transportado a la casa donde nació. Allí continuaba todo tal como siempre.

En el centro de su habitación había un negro ataúd. Dentro de él, dormía el estudiante el sueño quieto y apacible de la muerte. Los deseos del joven se habían cumplido. Su cuerpo reposaba, pero su espíritu vagaba a través de los mundos siderales.

De pronto, sin saberse cómo ni por dónde, aparecieron dos figuras etéreas. Eran dos antiguas conocidas. No las habréis olvidado: eran el hada de la Fortuna y el hada de la Preocupación.

El hada de la Preocupación volvióse hacia su compañera y le preguntó:

—¿Podréis decirme qué clase de felicidad han proporcionado tus zuecos maravillosos a los hombres?

El hada de la Fortuna respondió:

—Escuchad. A este joven estudiante, los zuecos le han proporcionado una verdadera dicha. Ha muerto en la primavera de la vida, vale decir, antes de conocer los amargos sinsabores con que se complace la experiencia en castigar la existencia del hombre.

—Estáis equivocada, amiga mía. Este joven ha muerto prematuramente, y no debió ser así. Abandonó la vida antes de que su alma cumpliera su destino. Su existencia ha sido trunca. Hay que sufrir para ser dichoso. Así, pues, no os creo, amiga mía; y voy a prestarle a este joven un señalado servicio.

Y diciendo esto, el hada de la preocupación quitó los zuecos maravillosos al estudiante.

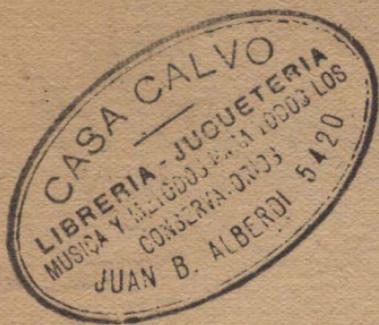
Al punto, nuestro joven despertó y saltó del ataúd, abriendo tamaños ojos.

Las dos hadas habían desaparecido.

Los zuecos maravillosos también habían desaparecido. No se los vió nunca más por ninguna parte. El hada de la Preocupación cuidó de llevarlos consigo. No los dejó en manos de la Fortuna. Sabía que ésta era caprichosa, y que los zuecos con tales propiedades estaban mejor en su poder.

Y por cierto que tenía razón. Porque cuando se deja a los hombres en plena libertad de satisfacer sus deseos, es muy dudoso que encuentren en eso que anhelan la verdadera felicidad.





EDITORIAL  
**TOR**

